no podrá curar un ataque de cólico, ni dar párbulo á un cerebro desordenado, ni descanso siquiera á un dolor de muelas. ¿Podrá el placer, las alegrías, la disipación, los cantos y los bailes, los vinos y la bulla, hacer á un hombre realmente feliz? Podrán distraer la mente por breves intervalos, podrán embargar la atención por un rato, pero fallan absolutamente cuando se trata de llenar ó dar contento al corazón. El remordimiento, el malestar y el fastidio aun de la misma vida, se siguen como consecuencia de aquellos excesos. Todos recordamos el veredicto del más sabio entre todos los hombres: Salomón. Rico y poderoso, con influencia ilimitada y fama, se entregó sin reserva á todos los placeres; se permitió el lujo de toda diversión. "Me hice construir grandes obras. Me hice edificar casas y plantar viñas. Todo lo que mis ojos desearon no se los rehusé yo....Ví que había en todas las cosas variedad y contrariedad mental y que nada duraba bajo el Sol". He aquí á uno, rico, grande, infludente, y el más sabio entre todos los hombres, con oportunidades sinfín para poder satisfacer todo deseo y dar vuelo á todo capricho, y que, además, *de nada se privaba* de todo lo que quería. Sin embargo: ¿estaba

contento? ¿estaba satisfecho? El veredicto que en la amargura de su corazón pronunció, fué aquel de: "¡Vanidad de vanidades y todo es vanidad!"

Lo mismo ha sido con todo aquel que ha tenido la oportunidad de ponerlo á prueba. A la distancia todas las cosas parecen encantadoras, incitantes, y muy de desearse, pero son engañosas. Cual burbujas que brillan luminosas en superficie de la corriente, cuando las tocamos se revientan y desaparecen. Mirad á Napoleón I. Tras una docena de campañas con éxito, después de conquistar país tras de país, y tener á sus pies la mitad de la Europa, ¿dióse por satisfecho? ¡No! Su éxito tan solo remojó su apetito para hacer nuevas conquistas; de suerte que, en su insaciable ambición, al esforzarse á hacer su poder más extensivo aún, todo lo perdió, para venir á morir en el destierro y prisionero de una nación extraña. Alejandro es otro ejemplo, pues una vez que había ya conquistado el mundo entero conocido, en vez de darse por satisfecho, lloró. ¿Y por qué? ¡porque no tenía otros mundos más que conquistar! La verdad es: nada puede llenar el vacío en el corazón del hombre. Nada de lo creado puede darle

el descanso duradero. Aun cuando el mundo ponga á sus pies todos sus tesoros y le otorgue á manos llenas todos sus honores, dignidades, privilegios y distinciones, belleza de cuerpo y gracia de alma, siempre le falta algo, siempre hay algo defectuoso. ¿Por qué ¡oh! por qué ocurre que el mundo nunca quiere, ni nunca puede tranquilizar el espíritu inquieto? ¿Por qué se hace imposible á las cosas terrestres llenar el vacío en el corazón?

La respuesta es evidente, cierta é indisputable: porque no se ha hecho el hombre para cosas perecederas ni goces pasajeros; ó de otra manera, como San Agustín lo expresa con tanta belleza: *porque* EL CORAZÓN DEL HOMBRE FUÉ HECHO PARA DIOS, Y POR LO TANTO JAMÁS PUEDE DESCANSAR HASTA QUE EN ÉL DESCANSE SOLO. *Si hubiera sido hecho para la Tierra, entonces por supuesto que la Tierra le bastaría para satisfacerlo.* Si se le hubiera creado para gozar de los deleites mundanos y los placeres de la carne, entonces semejantes cosas, una vez alcanzadas, vendrían necesariamente á ponerlo en posesión de una paz perfecta. Pero puesto que éstas no satisfacen, y nunca satisfarán, y que jamás pueden, bajo ninguna circunstancia satisfacerlo, debe deducirse, con plena seguridad y el rigor más grande de la lógica, que el hombre fué creado para algo más noble y grande: para un mundo no hecho con las manos, para un mundo sin rival y de gloria eterna. Dios, siendo infinitamente sabio y bueno, tiene de haber adaptado al hombre, como á toda criatura, para el fin para que El lo creó. Dios, nunca podía haberlo dotado de facultades que sólo lo infinito puede satisfacer, y si no, hubiere sido destinado á poseer lo infinito.

Toda la naturaleza, conforme la vamos contemplando, confirma y pone el sello de la verdad al anterior aserto, y la graba de una manera más profunda é indeleble en nuestra mente.

Es el hombre, á no dudarlo, la criatura más noble y grande que habita en esta tierra; y, sin embargo, por extraño que aparezca decirlo, es la más desgraciada. Todos admiten que posee mayores dones y más elevadas cualidades que cualquiera otro ser visible; y, no obstante él y nadie sino él, está triste y solitario, cabizbajo y doliente. Ningún otro ser sufre tanto como él. Tan solo él conoce las amarguras del pesar, los dolores del amor sin recompensa, el terror de la muerte, las punza-

das del remordimiento, los horrores de la desesperación.

Cuando todos los demás seres creados están llenos de contento y saltan de alegría, tan solo el hombre lleva consigo el agobiado corazón. ¡Con qué placer retozan y nadan los peces en mares tropicales, ó se deslizan por los profundos y sonoros ríos! ¡Con qué aiegría, con qué satisfacción cantan los pájaros al tender su vuelo por los campos y bosques ó al hender el aire diáfano de la montaña! ¡Con qué tranquilidad pastean las vacas y los borregos por la pradera, y cuán lleno de alegre retozo se encuentra todo insecto ocupado, toda la especie alada y todo escarabajo melodioso! ¡qué goce, que placer, que calma y dulce contento caracteriza á toda esa creación irracional y puramente sensitiva! ¿En qué consiste que este mundo les satisface á ellos y, sin embargo, no puede satisfacernos á nosotros? A primera vista parece extraño, mas la razón es obvia. Es porque (dejadme repetiros) aquéllos están creados para este mundo, y en éste alcanzan su destino; mientras que nosotros *no* estamos creados para este mundo, y *no* alcanzamos nuestro destino aquí, sino que ya lo alcanzaremos más adelante.

En este caso, tanto la razón cuanto la revelación, están de acuerdo. Nosotros, aún no hemos logrado nuestro fin; nuestro destino está por venir; y, nuestro hogar, se encuentra en otro mundo. A ser cierto que esta vida fuese el todo, si nada tuviésemos que esperar ó que aguardar, una vez recorrido nuestro curso terrestre, entonces, ¿quién sería aquel que gustoso no cambiaría su condición por la de la mariposa ataviada de deslumbrantes colores, agitándose y volando por entre la colorante gloria de las flores primaverales iluminadas por la luz del Sol? ¿Quién no se cambiaría con la distraída avispa zumbando tan alegremente al entrar y salir por entre las copas abundantemente perfumadas del tulipán y de la campanilla, ó aun por el vivaracho gorrión piando y chanceándose con sus compañeros por cima los tejados, ó, por lo que realmente importa, con cualesquiera de entre esos millares de seres irracionales que en torno de él se regocijan? Nada saben aquéllos del peso de los cuidados, del trabajo, y de las amarguras que abruman el corazón del hombre, y que frecuentemente lo amenazan con aplastarlo hasta la tierra. "Los pájaros del aire no tienen labor ni tampoco hilan" y, sin embargo, están felices, porque habiendo

sido creados, y por lo tanto adaptados á una existencia terrestre, la misma tierra suple todas sus necesidades. Es de tan sólo el "hombre nacido de una mujer" de que nos habla el Espíritu Santo, cuando nos asegura que "éste vive poco tiempo, y que su vida está llena de muchas miserias" (Job XIV) ¡Ay sí! dejad las guaridas de los pájaros y de las bestias; dejad el campo abierto, la virginal floresta, el deslumbrante mar, y penetrad á las habitaciones de los hombres; entonces os apercibiréis del contraste.

¿En qué parte de las grandes ciudades encontraremos la frente sin sombras, la inocente alegría, el aspecto felíz y sin cuidados, el contento universal y esa paz por la que suspiramos? Si acaso lo encontramos, es como una excepción, así como se encuentra el oro á veces, entre los toscos riscos.

Los rasgos característicos de pueblos y ciudades y de todo lugar donde se encuentran reunidos á los hombres, son la labor, el trabajo, la molestia y fatiga, la amargura y la aflicción, la defunción de alguno, la lucha, la querella, la enemistad, el celo, la embriaguez y la orgía, el pecado bajo todas sus formas más horribles y repugnantes, junto con los innumera-

bles males y penalidades que en su tren trae consigo el pecado. Las guerras, acarreando la muerte y la desolación en millares de hogares; las enfermedades, epidemias, pestilencias y hambres, llevándose á las jóvenes y á la belleza, ofuscando esperanzas, hiriendo corazones, arrancando á la joven esposa del lado del esposo, separando á padres y á hijos, llenando de amargura á los amigos llorosos y á los parientes. ¡Ah! cuán grande é inconmensurable es la miseria de aquellos que no tienen convicciones religiosas para darles ayuda! ¡Cuán especialmente triste é intolerable llega á ser la suerte de aquellos que no conocen al Padre Eterno que desde arriba está velando sobre de ellos, y que ni se sospechan los goces del cielo, que á reconocerlo, recompensaría al fin su paciencia y largos sufrimientos! ¡Cuántos por esa falta de fe, simplemente, que nos da esperanza y consuelo y aun goces, agregan á su cuenta otro pecado más poniendo fin á esa existencia que no tienen el valor de aguantar!

Mirad esa figura encapotada que se desliza por entre la noche. Bajo la capa de la obscuridad se apresura hacia el puente que abarca márgenes de las aguas del Támesis. Fijad la vista sobre aquella fisonomía demacrada de as-

pecto ansioso y atribulado ¡qué larga historia aquella, de pecado y vergüenza, de fatiga y dolor estampado profundamente en cada ligamento de aquella pobre cara arruinada! Tal como si fuera perseguida por una legión de furias escala el parapeto; fija la vista en las heladas aguas que corren por abajo para calmar la fiebre de la vida, para al fin sentirse libre del dolor, de la vergüenza y del remordimiento, en la profundidad de las rizantes aceitosas aguas del río. ¡Escuchad! ¡oíd con atención! Una cosa que se arroja, un salpique de agua momentáneo que rompe el silencio de la noche—y ella ha desaparecido de la vista. La Tierra no sabe de ella más. Fué, pero ya no es. Las aguas inflexibles pasan por sobre su cabeza y borran su memoria de entre el recuerdo humano.

¡Ay, sí! ¡Ay! Frío es en verdad el remedio, y, sin embargo, ¡cuán común la tragedia! ¡cuántos miles se suicidan en diversas partes del mundo cada año! Sesenta mil, según dícese, es el número del término medio.

Para poder encontrar ejemplos semejantes de desgracia tan completa, sería en vano buscar en los anales de la vida animal. Es una peculiaridad de la humana existencia. Natura humana nos proporciona innumerables ejemplos,

pero ningún caso realmente auténtico, de propia destrucción, puede hallarse entre los animales del campo. ¿Por qué? Pues el hombre, difiriendo del bruto, ha sido creado para poseer á Dios. El hombre está hecho para buscar en Dios su felicidad; buscarla por otro lado no sirve sino para encontrarse con el pesar, el desencanto, la contrariedad y la desesperación.

Natura misma proclama esta verdad, como si fuera con el sonido de la trompeta misma de un arcángel. El hombre anhela por la felicidad, pero por una felicidad sin tacha, sin fin, sin ir acompañada de riesgo ninguno ó temor de pérdida ó de diminución. Nada sino ésta puede satisfacerle. Que existe el sentimiento ahí, todos estamos dispuestos á admitirlo, pero ¿de adónde viene aquél? ¿de la naturaleza misma? que si puesto que aquella es otra fórmula ó modo de decir: de "Dios". Somos lo que somos en cuanto concierne á nuestra naturaleza y constitución mental, por medio la creación de Dios.

Esto último condúcenos á esta otra pregunta: ¿Por qué Dios nos habrá colocado ese sentimiento en nuestro interior? ¿Por qué nos habrá dado El esa sed insaciable? ¿Acaso sería sin objeto? ¿Será puramente por vía de contradecirlo, de negarlo y desencantarlo? ¿Para bur-

larse de nosotros y después reirse á costillas nuestras? Una y mil veces no. Decir cosa semejante sería una blasfemia de primera; sería convertir á Dios en un monstruo. No: si El otorga un buen deseo, es para que éste quede satisfecho. Si éste no puede satisfacerse en este mundo, entonces venimos á dar á esta conclusión: que aquél será gratificado más después—en el asilo de la eterna felicidad del cielo. Queda nuestro hogar distante, en tierra lejana; el mismo sufrimiento y la tristeza, el sentido de aburrimiento que oprime nuestros corazones, son otras tantas prruebas de que estamos en el destierro y en un valle de lágrimas. Mas ¡ay! cuán brillante y hermoso, cuán tranquilo y glorioso es aquel reino eterno que aguarda al fiel siervo de Dios! Bien pueden agobiarse nuestros corazones conforme andamos por las sendas de la vida pedregosas y regadas de espinas. Bien podemos quejarnos y lamentarnos cuando nos encontramos separados de nuestro propio luminoso hogar, morada de nuestro Padre, para la que hemos sido creados. Es privilegio más de una vez bendito, el haber sido creado para tan alto fin, pero lleva consigo, y siempre llevará, esta consecuencia; es decir: felices nunca podemos serlo verdaderamente mientras de Aquél nos encontremos separados. Habiendo sido creados para el Cielo, el mundo nunca podrá llenar ese vacío; habiendo sido creados para un bien increado, es decir, para Dios, los bienes creados de este mundo, jamás podrán satisfacernos, ni dejar nuestros corazones tranquilos. Así, bien, ya podríamos esperar satisfacer el hambre de un gigante con el alimento de un *animalejo*, ó calentar é iluminar toda la Tierra con la luz de una lamparilla en vez de con el Sol glorioso.

Así, pues, en vez de sentirnos deprimidos ó afligidos, los pesares, pruebas y contradicciones de *esta* vida debían tan solo servirnos de recuerdo y de deseo vehemente de la gloria que nos está destinada en la *otra;* debían de hacer cambiar nuestros pensamientos á los encantos del cielo para los que hemos sido hechos; y debía de grabar en nosotros el hecho de que por medio de infinitas tribulaciones debemos penetrar al Reino de Dios. *¡Sursum corda!*